

Bienaventurados los humildes:

La Herida de Parte del Padre

Bienaventurados los humildes, pues ellos heredarán la tierra. (Mateo 5:5)

Cuando los creyentes escuchan la palabra “manso,” muchos de nosotros la asociamos con “débil.” Pensamos que ser mansos significa permitirle a alguien pisotearnos tratándonos como si no valiésemos nada. Pensamos en una mera persona enclenque, sin fuerzas. A menudo vemos a Jesús pintado como un personaje callado, casi débil en las películas de Su vida. ¿Pero realmente es eso lo que significa ser “manso.” O hay una definición más profunda y verdadera para esta palabra?

Aristóteles habló de las virtudes a menudo. En su pensar, dos extremos permanecen a cada lado del espectro de la virtud: el exceso y la deficiencia. El espectro de la mansedumbre presentaba pasividad en uno de los finales (exceso) y la ira al lado opuesto (deficiencia). La virtud se encuentra en el centro.¹ Así que usando la definición de Aristóteles, podríamos leer Mateo 5:5 y decir: “Bienaventurados los humildes, pues ellos heredarán la tierra.”

La palabra griega *praus*, la cual traducimos como “manso,” es una palabra que describe la domesticación de un animal. *Praus* conlleva tener al animal bajo nuestro control y autoridad. El animal aprende a obedecer a las ordenes y someterse a su entrenador. Esta palabra habla de un animal que ha aprendido sobre el control. Usando *praus* para interpretar Mateo 5:5, el verso podría ser, “Bienaventurado el hombre que tiene todo instinto, todo impulso, y toda pasión bajo control.”

Exploraremos estos aspectos de mansedumbre al relacionarlos con el Padre, y específicamente, nuestros padres terrenales. La mansedumbre es uno de los aspectos más importantes en ser padre. Los padres son ejemplos de fuerza bajo control para nosotros. Los padres están para darnos un nombre, criarnos con amor, admonición, y bendecirnos con la fortaleza que Dios les ha dado. Los padres están para mostrar moderación en la ira, y no ser pasivos al permitir a sus niños obtener objetivos en la vida.

Otra vez, debemos entrar en este estudio conscientes de que el anhelo de Dios fue que nosotros tuviéramos padres perfectos. Sin embargo, por la naturaleza pecaminosa del hombre, el término “padre” lleva mucha carga para muchos de nosotros.

Los padres tienen una misión difícil el día en que nacemos. Previo al siglo industrial, varios padres trabajaban en la casa, como granjeros o comerciantes, con el lugar de trabajo unido a la casa. Hasta un padre que no completó bien sus tres roles por lo menos tuvo que haber estado físicamente presente para sus hijos. En muchas sociedades del mundo moderno, el trabajo está tomando cada vez más y más tiempo de nuestros padres. El trabajo regular a la semana continúa aumentando, a veces manteniendo a nuestros padres lejos de nosotros por 80-90 horas a la semana. Añádale nuestra obsesión cultural con el ocio y actividades, con nuestros padres casi ausentes de nuestras vidas.

Nuestros padres, y sus padres antes que ellos, han sido severamente afectados por las guerras y conflictos por las que el hombre ha pasado en el siglo pasado, dado a las dos Guerras Mundiales. Muchos hombres (y mujeres) regresaron de la guerra a sus hogares con las heridas del horror y atrocidades que han visto, a menudo expresadas en Trastorno por Estrés Posttraumático (TEPT). TEPT ocurre cuando las personas no pueden soportar más traumas. Para protegerse, encierran sus emociones. Personas que pierden sus compañeros en la guerra no pueden dar su corazón a otro en temor de que otra persona querida por ellos muera. El problema con el TEPT es que el afectado no puede quitar su mecanismo de defensa por sí solo cuando regresa de la guerra a su casa. Se aíslan de sus emociones y de aquellos cercanos a ellos.

La combinación de TEPT y la ética de trabajo han removido muchos padres física y emocionalmente de los hogares. Los niños están siendo criados sin la presencia del padre. El deseo de Dios de ver la madre y el padre representar Su amor a Sus niños no ha sido cumplido por esta generación sin padres, y muchos viven heridos profundamente.

Historia de Tom: Mi herida de parte de mi padre

Cuando conocí por primera vez a Cristo en noviembre de 1986, y recibí la revelación del perdón del pecado, abracé a mi Creador de todo corazón. Lo amé con todo mi ser; comprendí el concepto de que aquellos que son perdonados aman demasiado (Lucas 7:36-47). Plenamente podía adorar a Dios a través de Su Hijo, Jesucristo. Pero cuando leía el pasaje sobre el Padre, mi mente y corazón corrían una vez más hacia el Salvador. No podía aceptar a Dios como mi Papá. Cuando pensaba de Dios como el Padre, imaginaba un Dios distante y desinteresado, esperando a que hiciera una equivocación para poder destruirme.

Pero Jesús no permitió que las cosas permanecieran de esa manera. Al leer los Evangelios, noté cómo Jesús habló del Padre. Jesús ofendió a los fariseos y al establecimiento religioso al atreverse a llamar a Dios "Abba." Esta palabra aramea es la más simple para "padre," parecida a "papá" o "papi." Era una forma dulce que solo un niño pequeño usa cuando llama a su padre.

Jesús estaba cambiando la manera en que Dios estaba siendo visto. Nos permitió clamar “Abba Padre,” tal como Él lo hizo. Pablo nos dice en Romanos 8:15 “Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud para volver otra vez al temor, sino que habéis recibido un espíritu de adopción como hijos, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” Una vez más, Pablo dice en Galatas 4:6, “Y porque sois hijos, Dios ha enviado el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, clamando: ¡Abba! ¡Padre!” Dios anhela que lo veamos como nuestro querido Padre.

No comprendía que Jesús y el Padre eran uno. Conocer a Jesús *es* conocer al Padre. Cuando la realización de este hecho tocó mi mente, comencé a leer los evangelios y a orar, “Muéstrame al Padre.” Cuando Felipe expreso su anhelo por ver al Padre, Jesús le dijo, “¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y todavía no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: “Muéstranos al Padre?”” (Juan 14:9). Si queremos comprender al Padre, todo lo que tenemos que hacer es dar un vistazo a la vida de Cristo y veremos el corazón del Padre en Él. Jesús dijo, “...porque todo lo que hace el Padre, eso también hace el Hijo de igual manera” (Juan 5:19).

Los Tres Roles de los Padres

Aunque Jesús perfectamente expresa al Padre, nuestra visión de Dios, el Padre, es también profundamente influenciada por nuestros padres terrenales. Cuando se les pide a los niños que describan a Dios, a menudo describen a sus padres. ¿Por qué? Porque Dios ha escogido revelarse como un Padre para nosotros, y porque su intención fue que nuestros padres terrestres fijaran su mirada en Él y en Su persona. Si nuestros padres están presentes emocional y físicamente, creceremos confiando en ellos, y en secuencia, confiando en nuestro Padre Celestial.

Un padre debe tener tres roles distintos e importantes en nuestras vidas. Un padre esta para poner nombre a sus hijos(as), criarlos(as) con amor y disciplina, y finalmente para bendecirlos. Si un padre hace un buen trabajo haciendo estas cosas, habrá enseñado efectivamente a sus hijos la persona y naturaleza de nuestro Padre Celestial a través de sus acciones y palabras. Sin embargo, si le falla a sus hijos en cualquiera de estas áreas, no confiarán en su Padre Celestial.

Una Voz para Nombrar

Dios les ha otorgado, especialmente a los padres, una voz. La voz que Él da es de autoridad. Esta voz de poder y autoridad está hecha para nombrar, llamar y bendecir las vidas de los niños. Limpia de pecado, esta voz tiene la capacidad de levantar una generación de seguidores de Dios seguros en su identidad, caminando con seguridad delante de Dios y los hombres. Sin embargo, la fuerza destructora del pecado en nuestra generación nos ha dejado sin nombre, sin dirección y sin la bendición para nuestra herencia. Los corazones de hijos e hijas han estado clamando por la voz de sus padres, pero muchos no responden.

La voz de nuestros padres fue hecha primeramente para impartirnos un nombre. En casi todos los ejemplos del AT, era el padre quien nombraba al niño. Vemos un ejemplo cuando Raquel, sabiendo que su alma partía, llamó a su niño Benoni, o hijo de mi angustia (Génesis 35:18). Al morir, Jacob, sabiendo el poder de un nombre, renombra a su nuevo hijo Benjamín, o hijo de mi mano derecha. ¿Podría imaginarse la vergüenza de vivir una vida como "el hijo de mi angustia"? ¿Cuánto más es la bendición de ser llamado "hijo de mi mano derecha"? La mano derecha era la mano de la bendición. Benjamín sabía que era amado por su padre y que se le había dado el lugar de honor cada vez que alguien lo llamaba por su nombre.

Todos anhelamos que nuestros padres nos pongan un nombre. Anhelamos escuchar nuestros padres nombrarnos con palabras que nos afirmen y bendigan. Si no nos nombran o en vez lo hacen negativamente, sentimos que perdemos algo. No sentimos el llamado a lo que somos como hombres y mujeres.

Yo quise ser nombrado por mi padre. No recuerdo escuchar ningún nombre afectuoso ni afirmaciones de parte de mi padre. Nunca lo escuche hablar con una voz gentil y mandatoria, diciéndome que yo valía, que era listo, gracioso y sensible. En vez de esto, las palabras que se quedan conmigo son "llorón," "miserable," y "no sirves para nada." Esta fue mi herencia de parte de mi padre terrenal. Aun si nuestros padres terrenales no nos nombraron, o si lo hicieron de forma negativa, no es demasiado tarde. Vemos a través de la Biblia que nuestro Padre Celestial anhela darnos un nuevo nombre. Es el hábito de Dios nombrar a sus hijos, y nombrarlos con un nuevo nombre. Por ejemplo, Dios dió a Adán su nombre. El Señor cambio el nombre de Abram a Abraham, el nombre de Sarái a Sara, y el nombre de Jacob a Israel. Llamó a Gedeón un guerrero valiente y llamó a Salomón Jedidías, amado de Dios. Jesús renombró a Simón Pedro, la roca, y a Saulo de Tarso Pablo.

Una de mis escrituras favoritas se encuentra en Ap. 2:17: 'El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al vencedor le daré del maná escondido y le daré una piedrecita blanca, y grabado en la piedrecita un nombre nuevo, el cual nadie conoce sino aquel que lo recibe.'

¡Que increíble! Se le dará un nombre que sólo Dios sabe. Mi nuevo nombre será entre Él y yo. Eso me asombra y estremece mis entrañas. Cuanto anhelo ese día.

Una Voz de Amor y Disciplina

La voz de autoridad que nombra un niño es la misma que lo alimenta. Dios pone mucho énfasis al anhelo de tener padres con una voz poderosa en la vida de los niños. Una escritura que habla sobre esto es Efesios 4:4: "Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como también vosotros fuisteis llamados en una misma esperanza de vuestra vocación" Otra está en Colosenses 3:21: "Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten." La voz de los padres tienen la habilidad para bendecir y fortalecer el espíritu de sus niños, o la habilidad para desalentarlos provocando ira. Interessantemente, la palabra griega "criar" literalmente significa

“alimentar tiernamente.” Los padres están para disfrutar y alimentar a sus niños. Muchas personas no ven el ser padre como algo tierno, pero Dios instruye al hombre de esta misma manera.

Mi pastor anterior y buen amigo era un hombre introvertido. No fue criado en un ambiente donde el afecto físico y verbal era expresado abiertamente. Sabía que no estaba completamente cómodo con abrazos y con el toque físico. Pero, cuando visité su casa por primera vez, vi a su hijo de 17 años en las faldas de su padre mirándolo a su rostro. Me sorprendí mucho. Le pregunté sobre ello después y me dijo que aunque el afecto físico no era algo con lo que él se sentía cómodo, sabía que sus niños lo necesitaban para crecer seguros en el amor de su padre. No tuvo ejemplos de parte de su padre terrenal, pero expresaba afecto a sus niños con palabras y toque físico. Que poderoso ejemplo de sacrificar el confort de uno para el beneficio espiritual de otro.

El mejor ejemplo del afecto de un buen padre puede ser encontrado en Mateo 3:17 luego del bautismo de Jesús y antes de Su tentación en el desierto: “Y he aquí se oyó una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido.” Esta Escritura es increíble por varias razones. Primero, nos muestra que nuestro Padre Celestial habla positivamente y con afirmación a sus hijos. Es un Dios afectuoso, lleno de pasión y amor por aquellos a los que llama suyos. Segundo, este pasaje nos presenta que Jesús, Dios en la carne, necesitaba escuchar la voz llena de amor, afecto y admiración de Su Padre. Si Jesús necesitaba la voz de afecto del Padre, ¿cuánto más nosotros, como hombres y mujeres quebrantados, necesitamos escuchar la misma voz?

Historia de Tom: Anhelando Afirmación

Siempre quise escuchar mi padre afirmarme. Mi padre no es un hombre afectuoso; no muestra su corazón fácilmente. Cuando era niño, siempre pensé que no me quería. Siendo adulto, puedo ver que no se siente muy agusto con niños pequeños. Lo observaba con mis propios hijos cuando eran niños y veía que él se frustraba o se sentía incómodo cerca de ellos. Al ir creciendo, lo vi comenzar a sentirse cómodo y tranquilo con ellos.

Así que no estaba tan equivocado cuando sentí que no le agradaba. Me molesté con su intranquilidad en relacionarse conmigo. Era un niño muy sensible; probablemente anhelaba más que otros. Como no recibía lo que yo sentía que necesitaba de parte de mi padre, decidí rechazarlo. Quité a mi padre de mi corazón cuando tenía 4 años. Mi padre trató de acercarse a mí después en mi adolescencia, pero mi corazón se había endurecido contra él.

Después de dar mi vida a Cristo en 1986, el Señor comenzó a trabajar con mi corazón respecto a mi padre. Asistí a un grupo de oración de hombres en obediencia a Dios. La primera sesión fue sobre perdonar a nuestros padres. Inmediatamente supe que necesitaba perdonar a mi padre, pero no sentía ninguna emoción por el anhelo ni el proceso. A pesar de mi falta de

emoción, oré. Perdoné a mi padre en un hecho de voluntad. Muchos de los hombres a mi alrededor estaban llorando, pero yo no sentía nada.

Durante esta etapa de mi vida, trabajé por las noches y mi padre trabajó los turnos de día. Raramente cruzábamos nuestros caminos. Cuando finalmente lo vi por primera vez después de haberlo perdonado, lo abracé y le dije que lo amaba. Antes había hecho esto, aun antes de haberlo perdonado, pero él nunca se sentía agusto con el toque de afecto. Tampoco lo recuerdo diciéndome que me quería. Tal vez lo hizo – pero no tengo memoria de ello. Pero este día, mi padre me abrazó también, besó mi mejilla, y dijo, “Yo también te amo.” ¡Fue la sorpresa más grande de mi vida! Le dije al Señor, “¡Dios, esto es asombroso! *Perdoné* a mi padre y *él* cambió.” Entonces Dios habló y dijo, “No, Tom. *Tú* perdonaste a tu padre y *tú* cambiaste.” Por primera vez mi padre sabía que podía acercarse a mí, y lo hizo.

La Voz de Autoridad

Tanto como anhelamos la voz de amor y afecto, muy adentro también anhelamos la voz de autoridad y disciplina. La voz del padre trae corrección y disciplina tanto como bendición; ambas son necesarias. El padre está para remontar a sus hijos a la seguridad corrigiéndolos cuando se salen del camino. Los padres permisivos dejan a los niños sin sentido de límites. Se sienten inseguros cuando se aproximan fuera del cuidado de su padre. Cuando un padre no pone límites a sus hijos, los niños se descarrían.

Vemos muchos ejemplos de mala crianza de parte de los padres en el AT. Desafortunadamente, esa debilidad continúa de generación en generación. Tristemente vemos esto en el ejemplo de Elí, Samuel y David, y todos los que fallaron en poner límites en sus hijos. El resultado fue catastrófico y su impacto se sintió en muchas generaciones descendientes.

Los hijos de Elí, Ofni y Finés, estaban robando de los sacrificios de Dios y tenían sexo con mujeres fuera del tabernáculo (1 Samuel 1-3). Su padre no los corrigió. Dios avisó a Elí a través de Samuel, pero Elí no los puso en orden. Finalmente, Dios juzgó a Elí y a sus hijos; los tres murieron el mismo día que los filisteos tomaron el Arca del Pacto.

Samuel había sido criado por Elí. Aunque era un profeta que hablaba palabras de juicio, crió a sus hijos de esa manera (1 Samuel 8). Cuando los hijos de Samuel se hicieron jueces, abusaron de su posición como Ofni y Fines habían hecho, llevando a Israel al clamor por un rey.

Samuel había sido el mentor de David. Así que como Samuel, fue un padre permisivo, lo cual llevó a su hogar a la ruina (2 Samuel 13). Amnón, hijo de David, deseó a su media-hermana Tamar, eventualmente violándola. David estaba muy molesto por este hecho, pero no tomó acción contra su hijo. No hizo nada por arreglar la situación, dejando que Absalón – otro de los hermanos de Tamar – tuviera el juicio sobre sus propias manos. Absalón mató a Amnón, creando una grieta entre él y David que nunca podría ser reparada. La inacción y el silencio de parte de

nuestros padres concerniendo la disciplina y la corrección nos deja sin dirección y fuera de control. Un padre que verdaderamente ama a sus niños los corregirá y disciplinará.

Pero una actitud, excesivamente estricta para disciplinar puede igualmente ser perjudicial. Muchos han crecido en hogares donde profundamente anhelaban escuchar una afirmación positiva y ánimo de parte de los padres. En vez de esto, sus padres solamente criticaban y juzgaban. Si vemos a nuestros padres como los dueños de las reglas, y los que dan órdenes sin cariño ni amor, no tendremos una visión saludable de un Dios lleno de gracia como nuestro Padre. Una gran amiga mía compartió su historia de su profundo anhelo por tener la afirmación y atención de su padre. Le pedí que compartiera su historia con usted.

La Historia de Kristi

Mi padre nunca aprobó nada de lo que yo hice en mi vida. La única respuesta que recibía de parte de él era un gruñido, o la contestación, “Bueno, eso esta bien. Pero hubiese estado mejor si sólo hubieses...” Pero si hacía algo malo, entonces no escucharía el fin del sermón. Si tenía una A en vez de una A+, mi padre me daba otro sermón de cómo era pecado para el Señor si tenía la habilidad de tener una A+ cómo pude tener una A. Traté de hacer todo con excelencia para que tal vez, algún día, de alguna manera, él pudiera notarme, pero nunca lo hizo.

Mis padres vinieron a visitarme cuando nos mudamos a otra casa, unos meses antes de morir mi padre. Durante esa visita, mi padre no era el mismo. Ya tenía cáncer; pero todavía no lo sabíamos. Me levanté temprano para hacer desayuno la mañana en que se dirigían a nuestra casa. Hice tortillas de huevo y puse queso en ellas, olvidando que mi padre detestaba el queso a menos que no estuviese sobre una hamburguesa. Cuando mi padre comió su desayuno, hizo un comentario que sacudió mi mundo.

“¿Kristi, que tipo de queso pusiste en esto?” el dijo.

Dándome cuenta de mi error, le dije, “Colby Jack.” Estaba totalmente esperando un comentario negativo, rudo como siempre, pero esta vez me sorprendió.

Dijo, “¡Hmmm! Bueno, esta... m-u-y...delicioso...por eso quería saber lo que era. Nunca había comido ese tipo de queso antes.” Le dije que me alegraba que le hubiese gustado, pero estaba asombrada. Me sentía como si estuviese saltando de arriba para bajo gritando que de veras le gustó a mi padre algo que yo había cocinado para él.

Después que mis padres se marcharon, cada vez que iba de compras, sentía deseos de comprar queso. No podía pasar la sección de quesos sin comprarlo. Al acercarme al queso, lloraba. No era por el queso; sino por una vida tratando de hacer lo mejor para que mi padre notara algo sobre mi digno de su mirar, digno de su aprobación, su afirmación. Irónicamente, lo que tomó su atención fue algo que hice con queso Colby Jack. Mi corazón está envuelto en la idea que este queso de alguna manera estaba relacionado a mi identidad. Tenía que tenerlo en mi

posesión. Por un largo tiempo, cuando cocinaba con queso, lloraba al cocinar y a veces en la cena. Muchas veces casi ni podía comer. No comprendí cómo un simple cumplido de parte de él pudiera alterar mi vida.

No mucho después que mi padre me visitó, fue diagnosticado con cáncer de nivel 4. Tenía poco tiempo de vida. Murió nueve semanas después de su diagnóstico. Fui afortunada al pasar con él los últimos diez días de su vida. Durante los primeros siete, nuestra relación era como siempre había sido, pero el Señor me dio gracia en una tarde cuando mi padre se disculpó conmigo. Me dijo lo orgulloso que estaba de mi y nombró varias cosas en mi vida que eran importantes, como virtudes y cualidades que había notado en mí. Entre todas las cosas que mencionó, él pensaba que yo apreciaba a la gente, que cuidaba muy bien de mis niños y esposo, y que era dulce y servicial. El próximo día, mi papá cayó en coma y murió el día siguiente.

Sus palabras han tenido tanta importancia para mí aun después de su muerte. A veces, en este tipo de relaciones, no tendrás una resolución, pero el Señor me dio el regalo de animarme dos veces. Y siempre recordaré que a mi padre le gustó la tortilla de queso que le hice, aunque tenía queso. Realmente tomó el tiempo para notarlo y comentar sobre ello, afirmando lo más que pudo. Fue algo pequeño, pero tocó mi corazón profundamente. A veces me pregunto, ¿Por qué el queso? ¿Por qué solo hay pocas memorias que fueron agradables? Entonces le agradezco al Señor porque experimenté algo...Lo que fuera de parte de él que nombrara quien soy en realidad, afirmar que tengo algo que ofrecer, algo que valga el momento...Que soy digna de su mirada y aprobación. Por eso siempre estaré agradecida.

Dios el Padre

Dios es un buen Padre, un Padre fiel. Leemos en Hebreos 12:6-7, “**PORQUE EL SEÑOR AL QUE AMA, DISCIPLINA, Y AZOTA A TODO EL QUE RECIBE POR HIJO.**”⁷ Es para *vuestra* corrección que sufrís; Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo hay a quien *su* padre no discipline?” Al soportar esta disciplina divina, recuerde que Dios lo está tratando a usted como a Su propio hijo. ¿Qué hijo hay a quien su padre no discipline? Apocalipsis 3:19 declara, “Yo reprendo y disciplino a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepíentete.” Pero Dios no usa palabras excesivas o la fuerza. La misericordia de Dios nos lleva al arrepentimiento (Ro. 2:4). Es un Padre paciente, conociendo lo que cada hijo anhela para acercarlos más a Él.

Teniendo un padre fuerte y querido es imperativo a tener seguridad, salud y un sentido de identidad seguro. Sin esto, no podemos entrar totalmente a una relación de confianza con nuestro Padre Celestial.

Una Voz de Bendición

La última influencia de autoridad en la voz del padre es la bendición. Vemos a través del AT como los niños anhelaban la bendición de su padre. A menudo hacían lo que fuera por recibir la bendición de su padre.

Vemos un poderoso ejemplo de este gran anhelo por la bendición del padre en la historia de Jacob y Esaú (Génesis 27). Fue prometido que en el nacimiento de los dos gemelos el mayor serviría al menor (Génesis 25:23). Pero, en ese tiempo y cultura, el mayor siempre recibía una doble porción. Rebeca (madre de Jacob y Esaú) favorecía a Jacob, mientras Isaac favorecía a Esaú. ¿Ve el patrón enfermizo? Isaac quería bendecir a Esaú a pesar de la promesa de Dios del mayor sirviendo al menor, y Rebeca quería que Jacob recibiera la promesa. Para asegurar que la promesa fuese completada, Rebeca y Jacob engañaron a Isaac, ya anciano y casi ciego, para que bendijera a Jacob, creyendo que bendecía a Esaú. Cuando Esaú regresó de cazar, se enteró que Isaac equivocadamente había bendecido a Jacob en vez de a él. Esaú le suplicó a su padre que se la devolviera, pero Isaac no podía. Esa es la parte con la que aun lucho. Isaac no podía retomar la bendición. No podía retomar el poder de esas palabras.

La voz de bendición del padre está hecha para llamar y retar al hijo hacia la adultez, asegurar su masculinidad y el amor de su padre. De igual manera, está para llevar a su hija a la adultez, confiada en que es querida, valorada y hermosa. Todo joven desea escuchar el sonido de la voz de su padre decir las palabras, “Estoy orgulloso de ti; te amo” y toda hija quiere escucharlo decir, “Eres dulce y preciosa, y siempre te querré.” Si un(a) joven debe luchar con los retos de la adolescencia sin haber escuchado alguna vez estas palabras, llegará a un estado peligroso de la adultez. Reportes recientes dicen que la edad de la adolescencia ha sido extendida hasta los 26 años.² ¿Cuándo crecemos? Hablaremos en más detalle sobre la iniciación a la adultez más adelante.

Historia de Tom: La Bendición del Padre

Cuando comenzamos a tener hijos, era mi deseo que mis hijos e hijas supieran cuando la niñez terminaba y comenzaba la adultez. Para los niños, escogí la edad de 13. Para las niñas, el principio de la menstruación. Le dije a mis hijos cuando eran pequeños, “Niños, cuando lleguen a los 13, ya no serán niños, sino jóvenes. Y que día tremendo será.” A mis hijas, les dije, “Niñas, cuando ese día llegue, serán transformadas en jovencitas. Y será un día de honor y celebración.”

Cuando los niños llegaron a los 13, reunimos a los hombres que conocían en sus vidas – hombres que conocían a Cristo y caminaban con Él consistentemente – y los bendijeron en su juventud. Los hombres dieron palabras de sabiduría y advertencia a mis hijos. Cada uno de mis hijos sabía que este día era un momento definitivo en sus vidas y que no podían olvidarlo tan fácilmente. Desde ese punto en adelante, hice un acuerdo en tratarlos como jóvenes. Comencé a dejarlos tomar decisiones, sólo ofreciéndoles mis consejos cuando me preguntaban.

Para el tiempo en que escribí esto, solo una de mis hijas llegó a la edad de su ciclo menstrual. Un día, al llegar del trabajo a mi hogar, mi esposa salió a mi encuentro con mi hija, ambas radiando con sonrisas y contentas. Pregunté, “¿Qué sucede?” Mi esposa preguntó a mi hija, “Quieres decírselo a papá o prefieres que se lo diga yo?” Mi hija respondió diciendo, “Yo se lo diré. “¡Papá, mi ciclo menstrual comenzó hoy!” Salté hasta las nubes, dando vueltas y

bailando en celebración por este momento. La tomé en mis brazos, la abracé y la felicité, y después posé mis manos sobre ella y la bendije en su llegada a la juventud. Los tres lloramos bajo la presencia de Dios en ese lugar. Luego salimos a cenar, sólo nosotros tres, en celebración. Mi hija entró a la juventud sin rastros de la vergüenza que a menudo acompaña la menstruación. Ella sabía que su papá estaba orgulloso de ella y que ahora era una jovencita. Todo niño anhela este llamado a la adultez.

Aun mientras criaba mis propios hijos, quería escuchar la bendición de mi padre terrenal, aunque esto no era algo en lo que tenía esperanzas por recibir. Un día mientras hablaba con mi padre en el teléfono, mencioné que mi esposa y yo estaríamos predicando en una iglesia cercana a su casa. Mi padre no es creyente y nunca había puesto pie en una iglesia por ninguna razón que no fuese una boda o funeral. Estaba sorprendido cuando mi padre me dijo, “¿De verdad? Eso queda justo cerca de mi casa. Quizás mi prometida y yo podríamos ir y escucharte.”

No podía creer lo que escucharon mis oídos. ¿Habló en serio?

“¿Sabes qué?” él continuó. “Iremos. Te veré en la iglesia.” Después que terminó nuestra conversación, me senté ahí pasmado. Había planeado compartir mi testimonio sobre la liberación de las drogas, alcohol y homosexualidad. Mucho de mi historia se relaciona a mi relación rota con mi padre. Estaba en un dilema.

“¿Qué haré, Dios?” Oré. “No puedo compartir cómo tuve falta de perdón y odio hacia él mientras está sentado justo al frente de mí.” Tomé una decisión. Cambié mi testimonio; dejé esas partes fuera de lo que hablaría en la iglesia. Sentí alivio al pensar que no tendría que compartir mi corazón frente a mi padre. Pero Dios habló aun en eso, en una voz silenciosa, “Tom, tienes que compartir todo tu testimonio. Habrá personas ahí que necesitarán escuchar cada parte.”

“¿Pero Dios, cómo puedo compartir esas cosas?” Clamé. Pero Dios estaba en silencio.

Cuando la mañana del domingo llegó, estaba lleno de ansiedad e inquieto, normalmente me siento cómodo hablando frente a personas, pero esta mañana mis entrañas estaban temblando. Mi papá y su prometida entraron y se sentaron en la primera fila. Era inevitable verlos. Donna compartió su historia primero y después seguí yo. Evité mirarlos tanto como pude al compartir *todo* mi testimonio.

En un momento, encontré el valor para mirar hacia mi padre y a su prometida. Ambos estaban llorando abiertamente. Después que terminé de hablar, el pastor preguntó si alguien deseaba que Donna y yo le oráramos. La línea llegó hasta la entrada de la iglesia. Debimos haber ministrado por 45 minutos, sin embargo todo el tiempo, mi padre se mantuvo a una distancia corta a mi izquierda y esperó pacientemente. Estaba casi agradecido por la línea tan larga; tenía miedo de lo que sería su respuesta. Después que oré por la última persona en la fila, me torné hacia mi padre. Se me acercó, me abrazó con lagrimas en sus ojos, y dijo, “Estoy tan orgulloso

de ti, hijo.” Comencé a llorar mientras me abrazaba. Había esperado 38 años para escuchar esas palabras, y llenaron un vacío profundo en mi alma.

Debo decirle que he escuchado varias historias de relaciones padre-hijo en las que el final no fue feliz. He escuchado historias de padres que no hablaban más que muerte y maldiciones a sus hijos hasta el día en que murieron. Tal vez nuestros padres terrenales no puedan bendecir ni llamarnos, pero no así nuestro Padre Celestial. Dios llamará y bendecirá a cada uno de nosotros al buscarlo. Llenará el vacío en nuestro interior y hablará vida a la muerte. Bendecirá donde solo había maldición. Es un Padre fiel y sabio. Comencé a pedirle a Dios que entrara a esos lugares heridos y vacíos. Comencé a pedirle que hablara palabras de vida y bendición sobre mi. Él es fiel, Su amor nunca falla y es digno de confianza.

Tenemos esperanza en la palabra de Dios. Vemos en Malaquías 4:5-6 que en los últimos días, Dios mandará el espíritu de Elías, y que “⁶ El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres...” (v. 6). ¡Aleluya! ¡Ese día se está acercando, y Dios está restaurando corazones!

Una Buena Herencia

Un buen padre da a sus hijos y nietos una herencia. Algunas veces esa herencia es monetaria o una propiedad. A veces la herencia es fuerza de carácter, honestidad y otras virtudes. Algunos la ignoran por amor a Dios; otros, una herencia piadosa. Dios promete que los mansos – aquellos que han aprendido a estar siempre molestos en el momento exacto y nunca molestos en el peor momento; aquellos cuyos instintos, todo impulso, y toda pasión está bajo control – ganarán una herencia. Lo más maravilloso sobre esta herencia es que nunca se agotará. Nunca se corroerá ni corromperá. Es perdurable. Dios promete que los mansos heredarán la tierra y para siempre reinarán con Él – el Padre bondadoso, es digno de confianza por siempre.

Bienaventurados los humildes, pues ellos heredarán la tierra. (Mateo 5:5)

Notas finales:

1. Kraut, Richard. "Aristotle's Ethics." *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Winter 2007 Edition). Edward N. Zalta, ed. <http://plato.stanford.edu/entries/aristotleethics/>

#DocMea.

2. Sharon Jayson, "It's Time to Grow Up—Later," *USA Today*, September 30, 2004, http://www.usatoday.com/life/lifestyle/2004-09-30-extended-adolescence_x.htm.

Hara Estroff Marano, "Trashing Teens," *Psychology Today*, Mar/Apr 2007, <http://psychologytoday.com/articles/index.php?term=pto-20070302-000002&page=1>

Oración

¡Padre, Abba, ayúdame! Ayúdame a verte como un Padre amoroso. Remueve de mi corazón todo lo que obstaculice tu amor. Sana las heridas, rompe los muros y extingue las mentiras que están en mi corazón.

Ayúdame a llorar por los años perdidos, el amor y las bendiciones perdidas. Ayúdame a ser honesto contigo respecto a estas cosas que me han afectado. Ayúdame a ser honesto con mi corazón y conmigo mismo(a) respecto a la angustia que yace en mi corazón.

Señor, necesito que mi Padre me nombre. Necesito su voz de autoridad para que me dé un buen nombre. Tu palabra dice, "Más vale el buen nombre que las muchas riquezas, y el favor que la plata y el oro" (Proverbios 22:1). En vez de ello, escucho sobrenombres que me persiguen hasta hoy – nombres que avergonzaron e hirieron mi corazón.

Pause un momento y permita que el Espíritu Santo le revele cualquier sobrenombre que su padre, padrastro u otro hombre importante en su vida haya puesto en usted. Dígaselos a Dios en voz alta. Permita que Jesús eche esos sobrenombres fuera de su corazón y mente.

Padre, deposito esos nombres en la Cruz. Permito que el dolor y la vergüenza de parte de ellas sea depositada sobre las heridas de Jesús. Las rechazo. No les permitiré definirme más. Callo la voz del acusador y ato las mentiras de Satanás que he permitido entrar en mi mente y corazón. En vez de esto, elijo creer en los nombres que tú me das. Elijo creer que soy tu amado (Cantares 6:3); que has grabado mi nombre en las palmas de tus manos (Isaías 49:16). Tu palabra me dice que tú te gozas y cantas cantos de júbilo sobre mí (Sofonías 3:17). Elijo recibir el nuevo nombre que tú me das.

Pause por un momento y permítale al Espíritu Santo revelarle un nuevo nombre, dado de parte del Padre Celestial. Podría simplemente llamarlo "Su amado(a)" o "mi hijo(a)." Cualquier nombre que le dé, abrácelo y recíballo como suyo. No trate de determinar cómo lo revelará. Podría ser por una palabra, a través de la Escritura u otra persona. Sólo espere en Dios, el Padre, nuestro Papá, para que lo nombre. Este proceso de nombramiento puede tomar tiempo. En algunos momentos, no estamos listos para escuchar lo que el Padre tiene que decir. Pero si espera pacientemente, lo nombrará.

Padre, reconozco la angustia y la pérdida de no haber tenido el alimento y disciplina de mi padre. Necesitaba su tierno afecto y amor. Pero en vez, experimenté rudeza, frialdad y apatía. Necesitaba que mi padre me mostrara su amor. Necesitaba sus palabras de afirmación. Temí a su ira y a sus palabras de muerte. Anhelé que me diera dirección, pero no había nada. Dame la gracia para poner a mi padre en tus manos. Señor, sé mi Padre. Sé para mí esa voz de amor y dirección. Déjame escuchar tu tierna voz, sintiendo tu mano firme dirigiéndome. Ayúdame a

confiar en ti en etapas de plenitud y en etapas de perdidas. Reconozco que mi padre me falló y que tú nunca me has fallado. Tu amor nunca falla y no tiene límites (Sal. 35:5-7). Eres digno de confianza.

¡Padre, anhelo tu bendición! Quería que mi padre me bendijera, pero no podía. Quería una herencia emocional y espiritual de parte de mi padre, pero no tengo ninguna. Elijo quitar a mi padre de las expectativas que tengo. Y me torno a ti por mi bendición. Recibo de parte tuya la voz de la bendición. Bendíceme, Padre.

Siéntese en silencio, sin orar, sólo escuchando. Permita que el Espíritu Santo venga y traiga la bendición del Padre. Recíbala en fe, sabiendo que usted es su hijo(a) y que Su bendición es derramada sobre usted.

4. ¿Qué le ha hablado el Padre Celestial a usted como hijo(a)?